

Editorial



Sylvie R. Moulin*

La inteligencia artificial, y sobre todo la pregunta sobre sus consecuencias y el posible retroceso de la inteligencia natural, al cual conduciría, directa o indirectamente, es un tema muy debatido y controvertido. Incluso se ha convertido en una fuente de inspiración para artistas y escritores, que plantean en obras de anticipación, un mundo en el cual, el ser humano se encontrará frente a nuevos desafíos que no sabrá como enfrentar. Un buen ejemplo es la obra de teatro “Contes et Légendes”, de Joël Pommerat, creada en Francia en 2019 y presentada en Santiago en enero pasado, dentro del festival “Teatro a Mil”. Ficción futurista sobre el mito de la criatura artificial, pone en escena niños y adolescentes perdidos que tratan de funcionar en un mundo donde humanos y robots cohabitan. Les puedo garantizar que parte del público salió con una cara de preocupación que no podían encubrir.

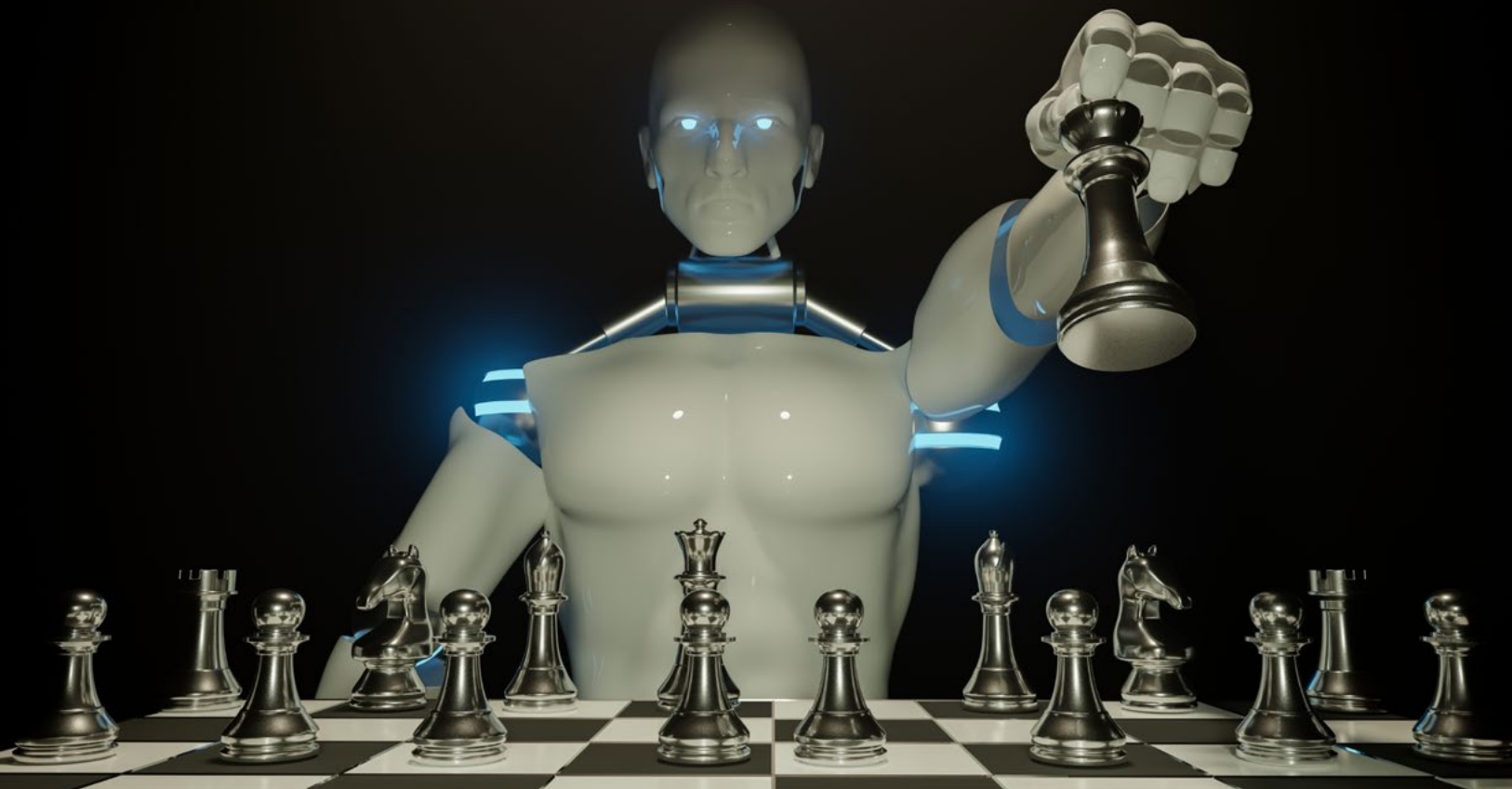
Es entendible que el asunto asuste, y que las personas alimentadas de información barata

teman que esa inteligencia artificial llegue eventualmente a “reemplazar” el ser humano y conducir a una suerte de atrofia de nuestro cerebro. Pero John McCarthy mismo, cuando creó el término a principios de este siglo, advirtió que los computadores no podían reemplazar todo. Además, el tema no es algo nuevo, aparecido en las últimas décadas. Para citar solamente dos ejemplos, Leonardo da Vinci y René Descartes ya habían concebido “autómatas”, transformándose así en precursores desconocidos de la ciencia-ficción. El concepto no molestaba, mientras se hablaba solamente de crear animales artificiales, o muñecas y ositos capaces de “conversar” con los niños. Pero cuando se trató de crear el primer “cerebro electrónico”, reapareció el miedo y, lógicamente, un problema de ética. ¿Dónde fijar el límite?

Muchas personas consideran los progresos tecnológicos en general como peligros, capaces de controlar y empobrecer los cerebros, de prohibir pensar u obligar a pensar de manera distinta,

*Profesora, traductora y escritora. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos y Master en Literatura Comparada, Universidad de Paris IV-Sorbonne. Docente por 12 años en Estados Unidos. Autora de varios libros de crónicas y cuentos.





una suerte de condicionamiento que va a afectar a los más vulnerables. Eventualmente, lograría traducirse en una pérdida de libertad. Pero es interesante notar que cualquier evolución técnica o tecnológica siempre es vista, por sus detractores o los que la temen, precisamente como pérdida.

Hace tiempo que los libros y cualquier otro de publicación virtuales (*Iniciativa Laicista* lo demuestra perfectamente), se convirtieron en un producto de uso común. Y uno de los temores comúnmente formulado al respecto, es que va a reducir las capacidades de entendimiento y de expresión de los niños y adolescentes ya que leerán cada día menos... ¿El libro va a ganar? Por supuesto que no. Como consecuencia de eso, ¿veremos desaparecer los libros? Solo va a desaparecer su forma tal como la conocemos, no su contenido ni el rol que desempeñan.

Ya están desapareciendo en varios ámbitos. La Librería Littré¹, por ejemplo, casa de edición

especializada en diccionarios desde el año 1870, se encuentra actualmente con serios problemas económicos y teme una posible quiebra. El temor de muchos se concretará, entonces, porque habrán desaparecido los diccionarios que poblaban nuestras bibliotecas. Pero los defensores de la publicación virtual replicarán que es necesario evitar el consumo de papel, para contribuir a la preservación del medioambiente, y también ahorrar espacio, con el mismo propósito. Esos argumentos son válidos. En el mismo orden de ideas, el número de diarios y revistas disponibles en kioscos disminuye regularmente, mientras se multiplican en formato digital. En los tiempos lejanos, cuando vivía en París, solía conseguir revistas de danza impresas, que ahora solo son disponibles si las “bajas” por Internet. Y en cualquier plataforma de venta, como Amazon, la mayoría de las publicaciones se ofrecen en versión impresa y en versión digital (o *Kindle*), la segunda, substancialmente más barata que la primera - argumento suficiente para convencer a muchos.

Es esencial evitar de caer en el clásico “era mejor antes” - sabiendo perfectamente que esa reflexión se repite desde el principio de los

¹ El diccionario de idioma francés, redactado originalmente por el lexicógrafo Emile Littré, fue publicado entre 1863 y 1877. Después de múltiples nuevas ediciones y actualizaciones, todavía se cita como una referencia única.



tiempos. En general, lo que las novísimas generaciones ven como un desafío, un progreso, un cambio positivo en todo aspecto, constituye para otros un peligro, simplemente porque sale de sus sendas habituales, y requiere conocimientos que (todavía) no tienen. Pero siempre podemos preguntarnos qué va a pasar dentro de 50 años, cuando los ancianos de hoy ya no estarán y los adolescentes ya estarán a punto de jubilar.

La inteligencia artificial recibe una acogida distinta según las categorías profesionales y sociales, los grupos de edad, el nivel de educación e incluso las creencias. En 50 años, habrá que ver el debate desde otras perspectivas, ya que, de todas maneras, la informática, tal como la conocemos hoy, ya será una leyenda, una pieza de museo, algo para los ancianos de “ese entonces” por venir, como las fotos amarilleadas que guardamos en álbumes, mientras se habrá encontrado otra cosa para comunicar. Probablemente no quedarán diarios, o revistas, o libros como los conocemos hoy, pero existirá otra cosa.

Si miramos lo que existía un siglo atrás, ciertas cosas se perdieron: la calidad del aire, por ejemplo, y en ese aspecto, sí, “era mejor antes”. Sin embargo, no se puede negar el crecimiento de la longevidad en el mismo periodo, ni los progresos de la medicina. Y gran parte de lo que anticipamos hoy existe solo en la imaginación de los seres humanos. ¡Sería muy arriesgado vivir siempre en la anticipación de un futuro mejor o en el temor de uno peor!

Si consideramos la evolución política de las grandes naciones, es muy posible imaginar en dos siglos más, cayendo en la anti utopía (o distopía), un mundo de puras dictaduras y estados totalitarios. Y donde se reunirán los pocos demócratas que quedarán en grupos clandestinos, dirán “qué

maravilloso era el mundo doscientos años atrás”. Entre paréntesis, ¡eso debería incentivarnos para defender aún más la democracia, simplemente porque puede desaparecer!

A veces nos construimos un universo de ciencia ficción. Como en las películas de los años 80, que anticipaban las ciudades de los años 2000-2010, con gente vestida de ropa extraña, desplazándose en cápsulas volantes y alimentándose con pastillas. O “New York 1997”, estrenado en 1981, que presentaba el New York de fin del siglo XX, transformado en una cárcel-gueto donde vivían tres millones de prisioneros. El mundo surrealista creado cuarenta años atrás, no tiene nada en común con el actual, solo fue producto de la imaginación.

Pensar sistemáticamente que era mejor antes, es una enfermedad humana que nunca encontrará remedio ni vacuna. Siempre vivimos en la nostalgia del pasado, por la mera razón que lo conocemos, al contrario del futuro que representa incertidumbre y riesgos. El ser humano prefiere moverse en aguas tranquilas que tirarse al océano. Pero es necesario ver de manera más objetiva y realista lo que fue, y contemplar lo que el futuro pueda ser, solo como suposición y no como certidumbre que asusta. Los creyentes piensan que el más allá será mejor y que es necesario actuar para merecerlo mientras estamos vivos, los otros piensan que la vida termina en algún momento y que no es necesario esperar algo o temer algo. Entonces, es mejor abrirnos a las opciones que se presentan.

Un proverbio sacado de una fábula de La Fontaine dice: “Tanto va la jarra al agua que al final se rompe”.

El optimista prefiere: “... que al final se llena”.

